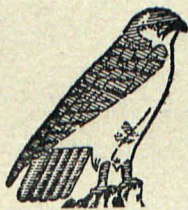


PEDRO PERDOMO ACEDO

A V E B R E V E



HÁLCÓN
COLECCIÓN DE POESÍA
13
VALLADOLID
1948

PEDRO PERDOMO ACEDO, autor de este libro, nació en Las Palmas, el 16 de mayo de 1897. Hizo allí sus estudios de primera y segunda enseñanza y la carrera del Magisterio. En su ciudad natal y en Madrid ha ejercido el periodismo. Actualmente reside en Las Palmas, en cuya Escuela del Magisterio tiene a su cargo la cátedra de Lengua y Literatura Españolas. Es uno de los componentes del grupo poético llamado en su país «los intelectuales», que tanta gloria ha dado a la tierra canaria. Entre los poetas de la isla de Gran Canaria, Perdomo Acedo se distingue por la música apagada de su verso, por el amortiguado color de sus poemas. En su poesía lo abstracto tiende a concretarse en flexible sustancia humana y una recoleta ternura, esparcida por toda ella, le da frecuentemente una fisonomía franciscana. Sus mejores aciertos poéticos surgen naturalmente del poema sin que el arte ponga nada de su parte para contribuir a su evidencia. A la altura de sus años, su espíritu preocupado, su corazón sazonado de experiencias, se han combinado con fortuna para dar a su obra esa jugosa serenidad que es, en el fondo, una acongojada melancolía. Quien, en estado de pureza de espíritu, se pare a escuchar esta voz, se sentirá insospechadamente estremecido por las vibraciones profundas del alma de un gran poeta.

**BIBLIOTECA
SAULO TORON**

AVE BREVE



sel / pa

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>483873</u>
N.º Copia <u>483875</u>

**Es propiedad.
Derechos reservados.**



PEDRO PERDOMO ACEDO

A V E B R E V E

RETRATO DEL POETA,
por
MANOLO MILLABES SALL



HALCÓN
COLECCIÓN DE POESÍA
13
VALLADOLID
1948

JUSTIFICACIÓN DE LA TIRADA

De esta primera edición de «*Ave breve*», de Pedro Perdomo Acedo, se han hecho cuatrocientos ejemplares, numerados del 76 al 475, en papel de edición; setenta y cinco en papel verjurado, numerados del 1 al 75, para los suscriptores de lujo; veinticinco, numerados del I al XXV, reservados a los suscriptores especiales de «HALCÓN», y un ejemplar, señalado con un 0, para el autor del libro.

SERIE CORRIENTE

Ejemplar núm. 85

A TI,

AVE QUE PARA SIEMPRE
ENARDECISTE MI CORAZÓN
HASTA EL DELIRIO

I

Amante espero, y desespero amante,
RUIZ DE ALARCÓN

BALADA DEL ENAMORADO

ME enamoré de la nube;
si, me enamoré del aire
– *contramarea de lo breve,*
variación de lo invariable – ;

verdad que me enamoré
– *capullo, incienso, sol, cauce* –
de la torre rematada
como del ramo portátil;

del perfume de su flor
y las formas de su cáliz;
de sus ojos, de sus labios;
de lo tangible e impalpable.

de su eterna melodía,
de sus fugaces instantes,
de las briznas de las hierbas,
de lo chico, de lo grande;

de cuanto se crea, sube,
y flor frágil, trino frágil,
— trozo eterno de su nada —
hinche el covanillo del aire.

BALADA DE LA PENUMBRA

DA a luz lo oscuro. Nacerán entonces
nuevas palabras que a ti misma te confirmen,
con espigada claridad, con trompa bella,
lo indecible del misterio de tu noche.

En lo que el viento hasta ahora no conmueve,
en lo que la oscuridad va trabajando,
está la razón de ser de la penumbra.

Lánzate afuera
con el entrañable secreto que te pudre – aire apenas, todavía
silencio –
pues eres generosa estructura y sin ti no existiría
esta fragmentación que permitirá la pincelada eterna.

En las palabras que están aún por nacer en tus entrañas
conmovidas
hay una mano que separando las ramas que impiden verte
te mostrarán a mis ojos – como te sueña mi corazón –
radiante y pura.

BALADA DEL FUEGO

¡CÓMO eres de alegre, oh viento iluminado que nos traes
la luminosa nada a nuestros ojos,
y a través de nosotros, a locas correrías nos induces!

El ritmo ajeno perturbas
que no acertaste a hacer tuyo, y puedes de este modo
atravesar con linos abrasados
la masa imperturbable de la noche.

En ininteligible torbellino anulas
el esfuerzo surgido de la tierra,
mas tu ceniza inanimada aun puede
encandecer raíces muy profundas.

Tu amante transformación nos proporciona
robusto ardor, pues a quienes consumes
nueva fuerza les das
y a lo sombrío pones en crepitante movimiento
haciéndole extender undosos brazos
que completen la ronda del incendio.

Lo natural botas afuera, como el mar
a toda vida ahogada entre sus sales,
y resurgiendo eternamente de ti mismo
concebible nos muestras la resurrección.

Sin artificio surge el elemento por tu boca
con el primer resuello de los mundos
y das a nuestra fe la forma ardiente
que expandes consumiendo tu semilla.

Como irreal danzarín desmelenado
te asientas sobre el ardor sombrío de la brasa
y resurges en el humo que incorpora
sombrio cielo instantáneo a tus favilas;

y cuando despiertas, sofocado, en la noche,
a la rosada aurora vas despabilando
igual que a un corazón que se desprende de la vida
el tinte diáfano oculto entre tinieblas.

Algo de humano tiene tu estructura,
oh arborescente llama, en el instante
de verde exaltación, y en el otoño
de tus rosadas articulaciones.

De la sima de la materia
surge tu alegre exaltación, oh fuego,
y la adición de los parciales fervores de la naturaleza
— ya sin indicio material visible —
te da la totalizada suma del espíritu,

que en ti no está, pues se lo diste a todos,
y que ahora, pues ya se ha consumido,
empieza a arder con llama inextinguible.

BALADA DE LO INEFABLE

CUANTO más alto vuelas, más distante estarás de ti misma.
Enciende tu corazón metódico para que gima sin remedio
entre brasas de un fuego que ya no puede ser tuyo,
sino universal fuego de todos.

Este darte a mí en ti misma, rígidamente cantando tu
tristeza;
esta monomanía de buscar los tremedales a la altura de los
cielos
y sentir que los números se agitan,
perpetuamente sediciosos, para borrar las sumas de lo lúcido,
no es camino feraz.

Cómo te engañas
buscando el cielo en lo alto cuando el cielo
está en tu corazón, y no lo miras sino con desconfianza;
cuando no aciertas
— embrión de alondra, lenta fuente extática — a sentir su rumor.

Ay, la verdad que buscas se ha refugiado en ti
y su raíz celeste está en la arcilla que abandonó tu pie;
en el terrestre nido
que empolló en mí tu ambición lejos del cielo,
secretamente adentrada en lo humano, para olvidar lo humano.

BALADA DE LA ESPERANZA

QUIERO llegar al yo que esconde el yo que muestras,
a la fresca visión del tú en lo más recóndito,
y alumbrando los límites que ignoras
evitar con mi cauce tu extravío.

Ya en la vena feliz de tu secreto
— puesto a luz de manera inverosímil —
te pediré me seas fuente amorosa
y desentrañes con el húmedo arado de tu ternura
cuenca más ancha al río
que necesita mi gorjeo de ave sin alas,

para ofrecer ambos al mar el ostensible
tributo de la piedra conmovida.

BALADA DE LA GUAGUA

CADA vez que desciendo
– tarde, poema o guagua –
mi vida cae en ti naturalmente
y revuelves el orden de mi alma.

Pareces a una niña que se espera
pues siendo aun sólo no nacida entraña,
viento que nadie ha visto,
en nuestra vida celestial ya mandas.

¡Y aun no abriste los ojos, y aun no tiene
la edad del humo, tu infinita infancia!

BALADA DEL SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO

CON paso de ave hogareña entraste en mi hogar,
tenue rayo de luz,
ocupando el sillón del homenaje con el derecho propio de un
rayo de sol;
sentándote en mi corazón como en un trono, alegraste mi alegría,
y libertándome del cotidiano cautiverio
hiciste que viviese, con certeza que acaso sea una locura,
para siempre anheloso de tu compañía inmarchitable.

El hambre que sentía de unidad me la diste en este mundo
al embelesarme con tantos arrullos de palomas
y ofrecerme las alas que me llevasen lejos de esta tempestad
ocasionadora del continuo quebranto de mi corazón.

Como fruto de tan alta palmera
yo he hecho que tu reinado gobernase este mundo
pues, voluntariamente sometido a tu cautiverio,
nunca fui mas libre, ya que,
cerrada la puerta de mi celda,
la convertiste en nido.

BALADA DEL VIERNES

NUNCA podré decirte lo que el viernes
para mí significa, porque el alma,
registrando el transcurso de sus horas,
ve transparentes viernes repintados de olvido.
Cada murmullo, sea profundo o débil,
moja mi enjuta arena
con la alada ilusión de su húmedo instante,
como esas gotas de rocío gordo
que dilatándose al caer sobre las aguas quietas
producen la ilusión de que los mares
comienzan a moverse,
mientras la extraña música
que el bochorno levanta en los zaguanes
nos asemeja a Dios, cuando los cielos
viera arrancar, girando como estas moscas,
sin desorden, en busca del armonioso destino.

Cuanto en la vida pudo engrandecerme
con su sí; cuanto nó pudo abatirme,
siempre ocurrió este día sin ocaso
que no es principio ni fin de la semana
y superpone al infierno el paraiso.

Nunca podría decirte lo que el viernes
para mí significa, porque en viernes
todo me sucediera de modo inexplicable,
como si en él hubiera muerto,
como si en él ahora mismo acabase de resucitar.

BALADA DE LA GRATITUD

DOS láminas de fuego confundidas
una noche, – la eternidad, acaso.
El conjunto volcán que así durmiera
amaneció, sin luz, ya páramo;
la misma mano que encendió mi fuego
– la misma – lo ha apagado.

Mientras iba rodando nuestro sueño,
fondo tras fondo, alguien fué mudando
el cielo, del amor, y ya despiertos
lucía otro distinto, y ya más alto.

Mis últimas lágrimas de hombre por ti se derramaron.
Tan semejante a ti me hiciste
que con ojos vendados
ví la única luz que no da sombra.

Dios te bendiga siempre
por hacerme posible tal hallazgo:
huella el harto el panal, mas al hambriento
le sabe a dulce miel lo más amargo.

BALADA AMOROSA

LO que me hiciste sentir era más que el físico amor
que se desvanece como una alegre onda cuando la sorprende
el viento,
y más que la llama a quien la ceniza va robándole su ardiente
espasmo de luz,
pues hoy me anegan las aguas de tu creciente y me reconfortan
los embates de tu fuego
sin que pase la espuma fugazmente a lo ancho de mi corazón
y sin que el alma haya sentido aún la suavidad de ese manto
que pone fin a todas las cosas, cuando solamente son de este
mundo.

BALADA DE LA ANGUSTIA

LO evidente se hace música:
arroyo, flor, trino, día,
Dios, espesura...

¡Y tu alma es sorda,
y tu palabra es muda!

BALADA DE TU ADIÓS

¡HAS dicho adiós con un desdén tan inconmensurable;
qué igual a ti misma fuiste siempre!
Como un alud, atropellaste en tu desprendimiento
la suave mancha de esperanza verde
que iba bebiendo el sol con la garganta
con que el pájaro bebe
la armoniosa canción de las montañas.
Si vida ofreces, ¿por qué das la muerte?

No es la caída, no, quien te endurece
sino la escarcha de tu naturaleza.
Cuando dijiste adiós cayó a los suelos
tu máscara de nieve
y quedó al descubierto, siempre desconcertante,
la sonrisa con que la piedra se defiende.

Quando dijiste adiós nació tu estatua.

II

*Matómela un balletero;
déle Dios mal galardón.*

(Romance del Prisionero).

BALADA DE LA INDIFERENCIA

NO somos nuestros ya
—ni sombra o luz siquiera—,
sino la nada que anheló ruin gente:
ennegreció su esponja el encerado
—pauta de mis sonetos y mis zéjeles—
y huele a olvido, a rosas sin vergeles.

Lo que no ha sido siempre
y pudo siempre ser;
lo que queriendo ser no ha sido nunca
—el aspa quieta, el aire insuficiente—,
coincidieron, no obstante, en lo absoluto;
en el ser que perdí, y en el que pierdes.

¡Y queda mucho aún! Queda aun el polvo
de nuestra vieja carne indiferente
— endúzame, arco iris, la tormenta,
al fangoso camino, ennoblécelo, oh nieve — ;
queda ir soñando que, en lo eterno, despiertas,
resurgirán las albas sin poniente.
Cuando ese día llegue
y decidas amarme,
te habrán de conmover los mismos ojos
que ya no te conmueven.

¡Nada puede acabar sin que comience!

BALADA DE LA ROSA BERMEJA

A la rosa bermeja que besé una mañana
pedí el imposible dulzor de tus labios,
fríos pétalos que me rehuyen desde aquel día,
mas no quiso su grana consolarme.

Parecias tú misma, cuyas gotas de rocío resbalan como silen-
cioso llanto celestial,
aquella encarnada belleza que milagrosamente para la
perfección de su forma
no dura sino un día.

Yo los soñé, en cambio, tan eternos,
tan de piedra y aire,
tan monumento mío,
que no advertí que la presencia de la rosa es la vejez de la rosa
y la mata un suspiro enamorado, o el estrecharla convulsiva-
mente contra el pecho.

Fué también incapaz de pensar entonces mi pensamiento
que cuando la errática burbuja de los rosales
entrega su ser y se siente separada de su tallo,
la noche va izando lentamente su pabellón de plata
para navegar sin descanso hacia ese sol que nunca declina,
como no padecen declinación, ni el amor perfecto,
ni la hermosura que se va deshojando lentamente
para mostrar su entraña sin igual a la delirante luz que la
arrebata.

BALADA DE LA MEDIA NARANJA

CÓMO, amándome, me engañas.
No ajustan bien rostro y máscara,
amor con amor, alba y alba.

Medio mediodía de luz,
busca media noche exacta;
medio mediodía de sombra,
complemento de luz diáfana.

En cenit opuesto, extraño,
jamás la media naranja
cubre – endulzando, amargando –
a la otra media naranja.

Algo lucifugo y agrio
se queda, sol a tu espalda;
algo luminoso y suave
huye, luna, entre alba y alba.

BALADA DE LOS LENTES AHUMADOS

NO me miran tus ojos;
te perturba la luz que hay en los míos
y has de atenuar lo lúcido
aflorando el abismo puesto a flote.

Estás viviendo
mar donde el agua
es de cielo traslúcido,
de amarga sal el cielo;

en donde el día más claro
tiene cuerpo y color de eterna noche
en el turno exclusivo de lo oscuro
y aun la externidad pálida de la aurora
será un ébano mate de soledad sin respuesta.

No me miran tus ojos; con su carne de vidrio
te miran, hacia adentro, lo insondable.

BALADA DE LA SONRISA INDESCIFRABLE

CUANDO ya esté tranquilo, y cuando el viento
su temblorosa arruga le oponga a mi reposo,
tu entraña polvorienta será clara
como un cristal, luciente
como una estrella, vagabunda
como las lágrimas del sol entre las hojas.

Y aunque se sienta a la torcida altura de los peces
y de los montes sumergidos en las aguas,
tú llegarás a mí como una sombra
que tape el mar, que superponga al ruido
esa sonrisa tuya indescifrable
que aun no sé si es amor o si es desprecio,
mientras trabajan en las oquedades de los montes,
los últimos albañiles del silencio.

BALADA DEL HUMO

Si, te fuiste desvinculando como el humo,
que después de inventar montes de niebla
desaparece para hacerse cielo;
pero aun ignoras que el amor no puede
dejar ceniza, cual combusto leño,
mas impalpable mundo,
y que sigues tan presente como el día
pues llenaste tus sombras de luceros.

El dombo errátil que me cubre
tiene la forma de tu amor, y tiene
muchos detalles solamente tuyos;
y si en su oscura totalidad eres tú misma
cada parte, con minúscula luz, te reconstruye.

Porque no fuiste llama mortecina
que en acres desposorios con el viento
huyó de sí para buscarse entera
– eco del humo, no; sí humo del eco –
y nos liga el mismo lazo indisoluble
al mismo aroma del pasado incendio.

Al evadirte de mi hoguera crees
que sofocaste nuestro hermoso siniestro.
¡Qué equivocado estás, oh siempre que a sí mismo se desconoce!
¡Qué equivocada estás,
llama ya gris de mi más puro fuego,
deslizándose sin mí en tu alejado mundo!

No te ha apagado Dios aún en mi pecho
e inmaterial – y desdeñosa, acaso –
sigues tu ruta porque sigo ardiendo.

BALADA DE LA SOMBRA

TU sombra, nada más
– último resto, espiritual materia – .
Tu alta verdad no es vacilante forma,
sino voluble y armoniosa esencia.

Nada más que tu sombra,
porque al querer manifestarte en ella
se enteraron mis ojos, para siempre,
de que sin ti no hay luz grave y serena.

Lo que ella ocupe – descarpada y pura – ,
lo que no ocupe, lo que me ensombrezca.

La vida, si la das, como un regalo;
la muerte, si la niegas.

BALADA DE LA DUDA

¿CUÁL de los dos estará
en lo cierto?

¿Yo, cazador incansable
de tu sombra;
o tú, sin descanso huyendo?

¿Tú, obstinada en negar
lo que en mí es más evidente
—vivo fuego de tu agua enajenada—
o yo, ciego si de carne, afirmando
tu pulcritud de nieve?

¡Qué cerca el nunca,
qué lejano el siempre!

BALADA DE LAS ESTRELLAS DESPRENDIDAS DE LOS OJOS

QUISE que fueras mi único astro incorruptible
en vez de luciérnaga encendida en la oscuridad,
a trasmano de los caminos que suenan a compañía,
mas desdeñaste la órbita ofrecida a tu ternura
y me hiciste habitar el país que se encuentra tras la tierra
del desengaño.

Desde entonces,
mis soledades adquirieron la humedad sumisa de las cuevas
encantadas
donde la curiosidad nunca ha podido descabezar un sueño,
y en las sábanas de mi lecho aparecen estrellas desprendidas
de mis ojos;

mis días son noches
y el misterio de la creación
confusamente va descantillando mi voluntad;
y no sé si el fin del mundo ha comenzado para mí
porque la música de las estrellas viene a recordarme
que es de púrpura nueva el final de la más larga noche.

BALADA DE LA FUGITIVA

¿DE qué te sirve huir de mi, para estar fuera
del cerco de mi pensamiento,
sol sin eclipse mental, cantera dura del aire,
escultora de lo cierto?

Ponzoña diste a mi sangre
con tus glóbulos morenos
y tu lógica versátil;
y estás tan dentro, tan dentro
de la inmediata ceniza
como la vida en el sueño,
pues tu carne no es tu carne
aunque tu cuerpo es tu cuerpo.

BALADA DE LA AUSENCIA

COMO una sombra mía desertora
hoy la tarde te sorprenderá lejos de mí.
Otros aires estarán respirando tus pulmones
y otro ritmo se acompañará dulcemente en tus oídos.

Ya nunca más estaré presente en tus palabras,
y sin embargo, la ausencia de este sol no trae la noche
a mi desengañado corazón.

Lo que a mi desengañado corazón trae la noche
constantemente
es otro motivo que acaso no comprenda jamás tu sentimiento:
el dolor de lo inacabado, la terrible tortura
de saber que truncaste el último acorde de mi vida
cuando sonaba exclusivamente para tus oídos,
con esa vibración final de los «allegros»
que embellece el orbe al expandirse
más allá de las alteradas orillas del devoto silencio.

BALADA DE LA BÚSQUEDA

TE he buscado con todo mi corazón ¿En dónde para
el aire incorruptible?

¿Fuera, dentro: en la luz;
tras de mi corazón, ante tu sombra;
en la ira que cruza despiadada
o en la tierna misión que me encomiendas?

Te he buscado con todo mi corazón. ¿Dónde te encuentras,
agua del mar inagotable?

BALADA DEL ROCÍO

NO quiero extraviarte, oh aire mío,
interponiendo mi tenue paso de nube torpe
cuando, al regresar de tu campestre regocijo,
tus vencedores miembros apetecen el transitorio descanso
de la noche
y traes frescas gotas de ajeno rocío entre los hermosos cabellos,
ni tampoco que, apesadumbrado por su altísima ligereza
— lenta en el amor, como rápida en el olvido —,
dejes de proteger a ese agua sin sombra que quisiste sacar
del anónimo
y se precipitó al fondo del mar
apenas elevada a la celeste altura.

BALADA DE LO IRREMEDIABLE

SÉ que en mi torno no hay sino un abismo.
Encima, debajo, dentro, afuera,
no hay sino tú, sonriente estafadora de mi vida.

Adondequiera que vaya,
el instantáneo mar de tus espumas;
dondequiera que mire,
alzarán su palacio tus tinieblas;
cuando duerma cansado,
inyectarás tu luz esplendorosa;
cuando más alto viva,
ha de matarme una palabra tuya.

BALADA DE LA CORRIENTE DEL RÍO

PERFUME que aun nadie encristalara,
corro para alcanzarte,
canto para atraer tu flor menuda,
callo para oír la voz de tu mar indudable...

¡Y cómo llora el mar que llevo dentro
el doble ocaso: de su agua y de mi carne!

BALADA DE LA DESESPERACIÓN

– ¡NO habrás de oír el silbo de mi angustia
humedeciendo el aire?

– ¡Jamás, jamás, jamás! – ¿Y después, alma?

– Ha de venir lo que soñaras antes:

el vaso que se agota;

la fuente inagotable.

Más lejos de su sombra

te habrás de hallar en tanto te acercares;

para esperar que llegue la tristeza,

ya es demasiado tarde.

BALADA DE LO IMPOSIBLE

FUÉ tanto querer la luz
– querer tu verdad, sola y toda –
para hacernos infinitos amantes;
tantos delirios de piedra viva
en incandescentes ondas;

fué tanto el deseo puro
de ir repitiendo la aurora
que encendía la pasión
en mares, montes y rocas;

y tal la fuerza que tuvo
su llama encandiladora,
que el delfín que mueve el alma,
sin desplazarse en las olas,
vistió a corazones de humo
limos de eterna congoja.

BALADA DEL DESENGAÑO

YO no soy pescador, madre,
yo no soy pescador,
pues espanto las redes,
y a la pesca, no.

Yo no soy labrador, madre,
yo no soy labrador,
a las aves atiendo,
no a la recolección.

¿Qué seré, madre? Dime,
dime qué seré yo.

Verde pino hallo en el mar
con una rosa, sin un piñón,
cantando mudo cantar.

III

*Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.*

(Romance del infante Arnaldos).

BALADA DE MARZO

OH Dios, Dios mío, sella mis labios
como si ya fuera huésped de ese silencio
que ha de acallar los mares más tormentosos
y cúbreme con la pálida ceniza del sueño consumido por las
llamas amorosas
una tarde de marzo...

La selva de Cupido, donde vivi gozoso,
bosque del aire fué,
que el aire mismo arrebató de un soplo,
arborescente explosión de humo caído de lo alto;
y las palabras que oyeron nuestros oídos como angélico
mensaje,
después de traspasar los muros de nuestro corazón,
se derritieron prontamente, oh Dios, Dios mío,
pues la edad justa alcanzaron de la nieve
y vivieron la edad justa del esparcimiento del humo.

Como astros en apulso quisimos ser,
quisimos ser como luceros únicos en la noche del alma,
girando acordadamente fuera de la nebulosa de la que Tú nos
liberaras,
y hoy te pido, oh Dios, Dios mío,
esa luz de eclipse para las palabras del hombre,
el silencio,
con que el amor desgarras sus espinas para que no nos hiera
el desengaño.

Y si la muerte, oh Dios, Dios mío, ahora me negases,
haz que mi paso sea como el de un meteoro
que verdece y se alimona al propio tiempo,
o como el agua fatua de la nieve,
pues cada cuerpo tiene su alcuzada
y esta tarde de marzo todo está terminándose para mí.

Y si la muerte, oh Dios, Dios mío, continuaras negándome,
mantén en mí la divina monotona de los enamorados
y dispón que todas las palabras que destile mi boca
sean como el sí del manantial para el sediento;
que todas mis palabras sean concordes como los puntos de un
tejido,
las olas de los mares o las arenas de las playas,
y que sea mi corazón maldita llanura estigmatizada por todo
el mundo,

como si mi dignidad se hubiese muerto
esta tarde de marzo...

Y sobre este hemisferio de la soledad sin posibilidades de
primavera y otoño,
clava la luna de mi amor en aquel creciente infinito
en que fué cuna del sol y sombra despierta de la noche;
como si mis palabras, en fin, oh Dios, Dios mío,
fuesen dichas para oídos únicos que ya no existiesen
y no encontraran su eco en órgano alguno mortal,
sino en Ti, Dios; sino en Ti, oh eco de ecos, Dios mío.

BALADA DEL MURO BLANCO

EL mismo muro blanco
que vió salir el sol, irse granando
y ser perfecto...
El mismo muro blanco
a quien la tarde fuera escalonando
rampas de miel...
El mismo vecino inanimado
la vió pasar, camino de la sombra,
pesada piedra ya...
Cada alma tiene su vibración y cada hora
su sonido especial, oh quieto muro blanco
que ven mis ojos siempre en mediodía,
sin ir de la ilusión al desengaño.

Nunca fué mío el dulce sol perfecto;
lo que nunca fué mío, me ha dejado.

ODA A LA MADRE

OH clara fuente de mi turbio río,
oh madre mía, oh madre, oh madre mía.

La más hermosa de las ilusiones
desvaneció su dulce realidad inextinguible,
cual cauda de cometa
que vive aprisa un solo segundo de centrifugada lucidez,
y tras inscribir
en la celeste arena enloquecedoras palabras fulgurantes,
niégase a convertir su pasión en la eterna ternura prometida.

Soñé verme tan grande entre sus brazos, tras pasar de un
olvido hasta otro olvido
—tú sola, estatua mía, en todo el aire—,
que al ver irse deshaciendo su deslumbradora fragilidad

y extinguiéndose para siempre tan delicada fulguración,
quedó señalada en la noche de mis ojos la invulnerable huella
de algún crimen.

Que nunca sepas por qué he vuelto, madre:
de espanto enloquecerías inútilmente
ante el destino del hombre enamorado:
amar el humo del extinto fuego;
ver extenuarse el sueño en la enmudecida escala del descanso,
que no puede salvarse sino en tramos de amor que por doquier
le faltan.

Ay, esta póstuma idolatría es irrenunciable,
y amenaza mi lucidez constantemente.
Ven pronto a mi, ceniza mía, como la aurora para el hombre
perdido a la intemperie.
Hoy me arrojan a ti, porque aún sabe mi cielo a su tan dulce
tierra,
y el frío de tu altura me anunciará el calor que no he
encontrado.

Contra esta sombra, tu luz, cual si vivieras,
pues tu generosidad no se marchita. Necesito de ti
para conseguir que la rosa sobreviva a la piedra
y que con incomprensible arrastró amamantes mis oídos, en el
mar sin orillas de lo puro,

impidiendo a mis labios
lleguen a maldecir a nada y nadie.

Necesito de ti. Haz que conserve
esa última espuma de la dignidad
sin la que las líneas de lo varonil se deshacen cual humo;
y déjame verter en tus oídos, que no existen, la desesperación
que apenas nace;
y pues también la naturaleza comete crímenes, fuera del orden
que orbitó la mente,
déjame juzgar que el amor naturalmente ha obrado contra mí.

Ay, cuán dulce ha de ser discurrir contigo aguas arriba,
dándole nombre exacto a cuanto ya no existe;
arribar a la entraña en donde toda memoria se ha extinguido;
sentir sobre mi frente las únicas manos que acarician
aun después de estar muertas;
cantar en dos sílabas la inmensidad del mundo que abandono,
y lo que en ellas no cupiere, en una sola, indestructible.

Tus arrugas parecerán entonces
como esas manchas que, embelleciendo al sol, dan luz al alma
calor al mundo, tránsito a la vida.
¡A ti me arrojan, a tu amor inmenso,
oh clara fuente de mi turbio río,
oh madre mía, oh madre, oh madre mía!

BALADA DE LAS ONCE DE LA NOCHE

NINGÜN compas anima la sangre de mis venas,
ninguna brasa enciende de tan rápido modo mi corazón,
ningún rocío estremece de gozo a mis predios estériles
como la piadosa ternura que nace
al sonar para mí las once de la noche.

En esa hora precisa,
el alba desusada de mi reina me acoge
en la altura sin brillo donde mora,
y las cosas del mundo vuelven a disfrutar el nombre
que les da su recuerdo.

Entonces,
emano ondas de luz que repercuten sobre un lecho
que conoció eternamente la dimensión de mi ternura;
emito el profundo mensaje de mi silencio
para las estrellas anidadas en el entresuelo de la noche,
y el alma castigada renuncia a su rebelión contra el agravio.

No permitas, por tanto, Dios mío, que el nocturno reloj
deje de hacer gotear al tiempo, como el aire a la rosa,
y no niegues nunca a mis oídos la transeúnte alegría
de las once campanadas de las once de la noche.

Podrán entonces mis párpados
— que desconocen la medida de la luz que no beben,
pues no ven el fulgor de tus ríos sin cauce —,
abrir en el mismo seno de la oscuridad,
las piedras sin medula de sus uñas sin su imagen
para que broten fuentes de arroyos tibios para su amorosa
alabanza.

Haz, por añadidura, Dios mío,
que cuando mi flor abandone ese último pétalo
que permite que todas las olas se fundan en una ola,
no me haya de faltar el descanso a Ti fervorosamente rogado;
y haz que suenen, de modo perdurable,
las once de la noche en mis oídos,
las once exactamente,
sólo las once.

BALADA DEL REMOLINO EN FLOR

VUELVE a mí, vuelve a mí, aún no renacida ilusión;
salga de su apatía tu forma resbaladiza, y dejaremos de ser
como los que sueñan y no hinchen el mar con sus dulces
corrientes.

En el agua que bebí lentamente entraste sin ser vista,
y continúas tu existencia en el seno de un ser
que para siempre ocupaste por sorpresa.
Vuelve a mí, vuelve a mis ojos, errante sol de piedra
que actuabas y dejabas de actuar en la febricitación de mi
sangre
como el día y la noche de los mundos,
resembrándome en el pecho la simiente de la esperanza.

Más que nunca necesito de ti, oh ilusión;
aunque seas el poniente de la más luminosa existencia.
Tiene la noche que atravieso magnitud insondable, pero no,
basta;

no me basta la compasiva luz inasequible de las estrellas
que en la orilla de los cielos, al igual de tantas nubes,
oscilan como líquenes de la bajamar
alterados por las corrientes que van visitando la restinga;
necesito el remolino en flor de tu azucena,
y nuevamente, entre tus brazos puros,
ver cómo arde la choza del sol, otra mañana al menos.

BALADA DEL FUEGO FATUO

TÚ pretendes, oh divino dolor, oh humana pena,
del amor que se va descomponiendo,
ser cual la llama fría de la escoria
y amoldarte a la muerte del incendio;
o perturbar alegremente la atónita superstición de los ojos,
como esa alada eclosión luminosa de la carne,
vaga burbuja de lo concreto,
que nos devuelve el dolor hecho alegría
— después de señalar la naturaleza todos sus límites
a la luz impalpable del reposo del cuerpo —,
y nos visita de noche, igual que el resplandor de un fósforo
en la calle oscura,
mostrando el color de la primera madurez de los frutos
y la forma descompuesta del último pétalo.

Fantasma de ti misma, ser leve fuego fatuo vas fingiendo,
pero a mí no me engañas, pues te delata el humo,

que es la más silenciosa melodía del fuego,
y en el aire que incendias con tu paso
aun sin querer, siempre me quemo.
Tú eres otra cosa:
eres el espejismo del desierto,
cuya aridez rodea
el verde iluso del más dulce sueño
para oponerle ribas de estupor,
y, como el frío a las piernas,
al ánimo enroscarle las serpientes del miedo.

Muchas veces pregunto, con ahinco de esposo:
¿Cuál es aquí la voz, cuál es el eco?
y sólo me respondes
con rencoroso y cárdeno silencio,
igual que el horizonte
le contesta al desierto.

Como una tierra desleal, te niegas
a darle a mis simientes tibio lecho,
y la estación pasada, sus raíces
de desesperación solar se van pudriendo;
y sin embargo, el cruel destino exige
que en esta tierra, que me esquivo siempre,
imprima mi alma su más dulce huello!

BALADA DE LA ATMÓSFERA

¡OH, no importa que estés lejos de mí, eternamente lejos,
como si la muerte hubiera ya construido esa imagen abstracta
que nos sepulta definitivamente!

Tu presencia es acusada por mi espíritu, duermas donde
duermas

— lo mismo bajo tu techo que en ajenos hogares,
en el rocío de una flor que entre la tierra apresuradamente
removida —,

y te siento acercarte concretamente con los ligeros pies de la
brisa

cuando anuncia el regocijo de los árboles del jardín
y a los fijados troncos le nacen un momento inmóviles alas de
ave perfecta.

Como sucede a los melancólicos desterrados del bosque, mis
cuerdas sensibles
están siempre dispuestas para dejarse tañer por tus fugaces
manos generosas de arpista sin par,
aunque desgarren angustiosamente mis nervios
haciendo florecer la divina ilusión que nunca arraiga.

Tu atmósfera, asombro ido apenas derramado, me envuelve
entonces
como el son de las olas que mueren a los pies de su eco,
o las centellas sin órbita que adelantan su hora al día
profundamente dormido en la noche,
y a cambio recibes esta tierna lumbre extraña que se te ofrece
anhelante
pidiéndote el inconmensurable movimiento que le dé voz;
pues eres igual que el aire que se va apenas llegado
y nos deja un húmedo estremecimiento,
semejante al de quien sintiese que le roban su espíritu inmortal.

BALADA DE LA ETERNA NOSTALGIA

NO será una mujer
quien en mi corazón te sustituya:
el sol, la piedra, el ave,
el mar, el cielo — adentro, afuera —
me han de bastar tímidamente.

Vendrán tan dulces días frágiles,
tan veloces encantos,
que compasivo he de mirar lo quieto
como suntuosidad entrañable de tu estatua
para ponerle fin de algún modo a su fastidio.

Allí donde las almas aun se junten
entre ilimitados racimos de carnes agotadas
y octubre sea el pliegue mejor fruncido de las maduras sombras
de las colinas
— en la eterna nostalgia —,
allí he de estar soñando que despiertas.

BALADA DEL TIEMPO QUE HABRÁ DE VOLVER

VENDRÁ un tiempo (sí, ese tiempo vendrá,
pues lo anuncian los profundos asurcamientos de mi rostro),
en que lloremos enjuta arena solamente
y la roca viva de este cuerpo sin enfermedad
se esparza sin tener ya peso alguno.

Cuando ese tiempo llegue, nuestra forma
será sólo un recuerdo;
y un recuerdo también este vivo soñar
de mañana distinto
con tu voz y tus manos por refugio,
lejos ya del presente de las primeras lágrimas
que no afloraron a mis mejillas por tu culpa.

Cuando ese tiempo llegue,
y sea sólo arena dispersada
este ser que ahora soy,
podrá el tiempo transportarme
de remolino en remolino
con su fría llama en acción que nunca acaba,
como si fuera uno de los zafiros de la bóveda celeste;
y así podrá lucir mi grano sin destello
— tuyo, como la última lágrima de mis ojos —,
en su órbita inmensa.

Cuando ese grano último
vague en la soledad de su recuerdo,
sé que ha de enloquecer, y a cada hoja
que encuentre en su camino
tres toques, tres, dará, tres toques suaves,
por ver si el cielo
franquea sus entrañas a mi desventura
como cuando, al triple golpear de mis nudillos,
se abría por sí sola la puerta de mi amada.

BALADA DE LA DUNA

TÚ absorbes mi ser, y me transformas.
Hoy muestras un rostro de la nada, ayer otro distinto
— ¿cual será el de mañana? — .
A tu esparcida arena nadie retuvo nunca,
fijándole sus límites,
pues eres terrestre traducción del ser del aire.

*Mi lozania reseca con tu aliento,
arreatandome la gracia de lo definido,
mientras permanece imposible tu misteriosa naturaleza,
enemiga de la razón y amante del desorden.*

Sensible a cuanto superficialmente te roza
— exaltación jovial o tímida locura —
¿quién sabe quien eres?, ¿quién por tus frutos te conoce?

Diferente en esto a las entrañadas piedras montesinas,
jamás la ternura pudo producirte una lágrima.

BALADA DEL HUÉSPED ETERNO

CINCO veces tendió la primavera
diestra red, verde rama, dulce método;
cinco soles izaron una noche,
clara y verdosa, con azules cercos.

No habrá necesidad de repetirlo,
porque al callar la voz, aun habla el eco;
si otra ilusión te destruyó la mía,
para él tendrás acre sabor ajeno.

Cinco nieves vendrán para borrarte,
que cinco hierbas son de mi deseo;
cinco veces te harás múltiple y varia,
cinco daré unidad a lo disperso;
y en pago de la miel que te uniforme
tendrán mis corchos tus más dulces ecos.

Hemos envejecido, y mientras tanto
nuestra tristeza es ya nuestro consuelo;
variará tu hospedaje, mas no el huésped,
ya que el amor nunca consume al tiempo.

ODA A MI RUISEÑOR

A ti, ave que para siempre
enardeciste mi corazón hasta el delirio,
ambiciosa de sed más que la arena,
este postrer gorjeo angustioso,
entre la última expansión luminosa de mis alas,
antes de que el prestado trino de los astros solamente
sea quien pueda pronunciar por mí las tres sílabas de tu
nombre amadisimo.

De mí te alejas implacablemente, para poner límites
impalpables
al grito en celo de la humanidad que no canta,
oh corazón que no cuenta sino con su universo armonioso para
envoltura,
y a pesar de las tempestades, modulas esa dulce voz de la
naturaleza
que está por encima de todas las leyes naturales,
tu trino inmortal,
pues desde esa altura en que vives se pierden los divinos rasgos
con que en ti lo imperceptible se hace patente.

Ahora que están a punto de envolverme
las tinieblas que hicieron posible la luz de la creación,
cuando aun conservo el último pétalo de la hermosa flor de mi
juventud
y amenaza cerrarse la noche de mi espíritu
– donde sólo viven las sombras que deshizo tu llama
junto al verde pimpollo de tu inmarchitable primavera
imprevista –,
quisiera tener el rígido volumen de que disponen los cuerpos,
cuyas sombras el tacto no percibe,
para elogiar desinteresadamente las tres sílabas dulcísimas de
tu nombre querido.

En tanto osas penetrar en las celestes profundidades,
y con vacilante vuelo, te detienes
ante el límite infranqueable de la voluntad del Creador,
tu canto es quien te eslabona a la infinita cadena de los
mundos,
oh músico astro errante a quien la selva es orbe
de esa partícula de sol que se despereza en tu garganta
hasta expresar íntegramente el afligido ay de la creación
con arpegios que los humanos jamás conoceremos,
dominados por esta angustia donde, para el cósmico balbuceo,
sólo una vez amanece.

El titubear de tus alas se parece al de mis manos de río
sin fortuna
a las que hundo en el agua que limpia, y tiembla jadeante,
y vibra siempre a mi contacto
— y juntamente con su cauce ahonda, de manera insensible,
el de mi lastimado corazón
que, como una montaña al atardecer, ya es por mitad luz y
sombras.

BALADA NOSTÁLGICA

¿QUIÉN sabe desde dónde
viniste errando a mí, dulce misterio
que se aloja en el alma,
obliga a que le adore el sentimiento,
nos hace enloquecer y, sin embargo,
ni nos comprende ni le comprendemos?

Tu trino avaro disipaste aína
— ¿hacia dónde, hacia quién, con qué motivo? —
de nota en nota, y no de ramo en ramo,
burbuja alada de quejoso arpegio
que en el amante azul donde te pierdes
borraste el rumbo a mi deliquio inmenso.

¿Qué confidente oído,
urna de tu secreto,
elegirá tu ausencia;
qué frontera del humo de tu canto
— verdor vicioso tras oscuro invierno —,
ha de flotar tan alta
que gane al sol desengañado lecho?

¿A dónde irás después, parte del viento
que has vuelto a ser la inmensidad del viento,
mas sin mí entre tus alas;
mas sin mi voz, pues deshiciste el eco
donde sin expansión aun la guardabas;
mas sin mis ojos, que no ven tu irte,
sino tu imagen en mi pensamiento?

De un soplo te perdi, y cada noche
regresarás y te tendré en mi pecho,

aun cuando sé que al despertar la aurora
mi corazón te perderá de nuevo.
Serás el mismo, siempre,
y el mismo, siempre, habrá de ser tu acento,
aunque al errante espíritu que tienes
lo mueva estéril esplendor ligero...

Ya aceleras tu huida; absurdamente
enverarás los frutos del silencio,
y a mi angustia sonora, para el último canto,
darás tu invulnerable dividendo:
un átomo canoro sin presencia;
y un ídolo después, para un dios luego.

BALADA DEL ESPÍRITU

MADRE:

tú y yo tenemos de común la sangre
— oh memoria feliz: siglos enteros —,
la sangre que le distes a mi vida
y que a tu muerte doy por alimento.

Sólo una sombra, oh madre,
sólo una sombra nos impide vernos.
Sin hurto alguno, aun cuando no quisiera,
crece mi libertad al ir sintiendo
tu paso por las venas, que son mías;
mis venas, por el polvo de tus huesos.♦

¡Lo que no tengo es todo lo que tengo!

ÍNDICE

I

Balada del enamorado	11
Balada de la penumbra	13
Balada del fuego	14
Balada de lo inefable	17
Balada de la esperanza	19
Balada de la guagua	20
Balada del sueño de una noche de agosto	21
Balada del viernes	23
Balada de la gratitud	25
Balada amorosa	27
Balada de la angustia	28
Balada de tu adiós	29

II

Balada de la indiferencia	33
Balada de la rosa bermeja	35
Balada de la media naranja	37
Balada de los lentes ahumados	38
Balada de la sonrisa indescifrable	39
Balada del humo	40
Balada de la sombra	42
Balada de la duda	43
Balada de las estrellas desprendidas de los ojos	44
Balada de la fugitiva	46
Balada de la ausencia	47
Balada de la búsqueda	48

	<u>Págs.</u>
Balada del rocío	49
Balada de lo irremediable	50
Balada de la corriente del río	51
Balada de la desesperación	52
Balada de lo imposible	53
Balada del desengaño	54

III

Balada de marzo	57
Balada del muro blanco	60
Oda de la madre	61
Balada de las once de la noche	64
Balada del remolino en flor	66
Balada del fuego fatuo	68
Balada de la atmósfera	70
Balada de la eterna nostalgia	72
Balada del tiempo que habrá de volver	73
Balada de la duna	75
Balada del huésped eterno	76
Oda a mi ruiseñor	78
Balada nostálgica	81
Balada del espíritu	84
Índice	85

OBRAS DEL AUTOR

VERSU

«*La muerte imaginada*», n.º 1 de la «Colección para 30 bibliófilos», editada por J. M. Trujillo. Las Palmas de Gran Canaria, 1943.

«*Epitalamio sin fin*», n.º 16 de la misma Colección, 1945.

«*Ave breve*». Colección de Poesía «HALCÓN», n.º 13. Valladolid, 1948.

INÉDITAS

«*Turbio río*»

«*Sin*».

«*Sonetos del canario*».

«*La novia de mármol*». (Teatro).

SUSCRIPTORES ESPECIALES DE LA COLECCIÓN «HALCÓN»

Fernando González.

Luis López Anglada.

Manuel Alonso Alcalde.

Arcadio Pardo.

Pablo Puente Paz.

Antonio G. Quintana Hernández.

Narciso Alonso Cortés.

Carlos Rodríguez Spiteri.

Bernabé Fernández-Canivell.

Librería Santarén. – Valladolid.

Carlos del Río-Hortega y Herrero.

Aurelio Cuadrado.

José María Luélmo.

Pedro Pérez Clotet.

Fernando Jorge y Rodríguez.

H A L C Ó N

COLECCIÓN DE POESÍA

Dirigida por

FERNANDO GONZÁLEZ

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

La revista «HALCÓN», en su Colección de Poesía, hace las siguientes tiradas de sus libros:

SERIE ESPECIAL

Veinticinco ejemplares en papel verjurado, numerados del 1 al XXV, reservados a los suscriptores. Cada ejemplar de esta serie lleva impreso el nombre del suscriptor y una dedicatoria autógrafa del poeta.

El precio de la suscripción a esta tirada es de 62 pesetas los tres números de la Colección.

SERIE DE LUJO

Setenta y cinco ejemplares en papel verjurado, numerados del 1 al 75, con la firma del poeta.

El precio de suscripción es de 39 pesetas los tres números de la Colección.

Los ejemplares sueltos de esta tirada, mientras no esté cubierto el cupo por suscripción, se venden a 16 pesetas.

SERIE CORRIENTE

Cuatrocientos ejemplares en papel de edición, numerados del 76 al 475.

El precio de suscripción es de 21 pesetas los tres números de la Colección.

El ejemplar suelto de esta tirada se vende a 9 pesetas.

«HALCÓN»

Acera de Recoletos, 4.

VALLADOLID

Esta primera edición de «Ave
breve», de Pedro Perdomo
Acedo, volumen 13 de la
Colección «HALCÓN» dirigida
por Fernando González y
patrocinada por Pablo Puente
Paz, fué compuesta a mano
en letra Corvinus del cuerpo
10, en la Tipografía «Cuesta»,
(Ebanistería, 12), Valladolid,
y se acabó de imprimir el
30 de Noviembre de 1948.



PUBLICADOS:

1. Rafael Montesinos:
«El libro de las cosas perdidas».
2. Luis López Anglada:
«Al par de tu sendero».
3. Rafael Morales:
«El corazón y la tierra».
4. Eugenio de Nora:
«Amor prometido».
5. Arcadio Pardo:
«Un tiempo se clausura».
6. Salvador P. Valiente:
«Cuando ya no hay remedio».
7. Vicente Gaos:
«Luz desde el sueño».
8. Pedro Lezcano:
«Muriendo dos a dos».
9. Ildefonso-Manuel Gil:
«El corazón en los labios».
10. Carlos R. Spiteri:
«Amarga sombra».
11. Gabriel Celaya:
«Objetos poéticos».
12. Manuel Alonso Alcalde
«Hoguera viva».
13. Pedro Perdomo Acedo:
«Ave breve».

EN PRENSA:

14. Rafael Laffón:
«Adviento de la angustia».





LIBRERÍA SANTARÉN - Fuente Dorada, 28 y 29 - VALADOLID